

le que en nada se diferenciaba de los que tan comunes son en Oriente. Algunas de aquellas damas nos hicieron admirar sus conocimientos coreográficos; luego la princesa se levantó, y todos se encaminaron al palacio, cuyos salones estaban profusamente ilu-

minados. Allí ví sobre el piano de la princesa un romance de Clapisson. La *soirée* fue lo que es en todas partes una *soirée* europea. Las damas de Astrakan bailaron contradanzas francesas, y todos quisieron bailar también, lo cual produjo el mas completo desór-



Caza en el delta del Volga.

den, pues la mayor parte de los convidados no sabían hacer las figuras. Nuestro intérprete Kalino obtuvo un triunfo brillante, ejecutando con gran primor un baile ruso.

En la madrugada siguiente todos estaban en pie, y la multitud corrió presurosa hácia las estepas, atraída por un ruido semejante al de un terremoto: tal estruendo era causado por diez ó doce mil caballos montaraces, montados por ginetes armados de lanzas: eran el complemento de los rebaños del príncipe, que marchaban al Sur en busca de sus acantonamientos de invierno. Nada detuvo su impetuosa carrera; los conductores entraron resueltamente en el Volga, y aunque los primeros titubearon un momento, como el grueso de la tropa los empujaba hácia delante, empezó el paso.

Durante mucho tiempo los vimos desfilan en una sola línea, pues no se separan sino cuando caen. Diez minutos despues, la cabeza de la columna llegaba á la orilla opuesta, siguieron los demás, impelidos por los conductores, y al fin todos pasaron el rio.

Fue aquel un espectáculo de los mas curiosos; y dió digno principio á nuestra segunda jornada.

Muchos barcos nos esperaban, porque la continuación de las fiestas debía verificarse en la orilla derecha del Volga, en el lugar en que se reunían los rebaños que marchaban á las orillas del Kuma.

Estraordinaria era allí la concurrencia.

Casi todos los hombres llevaban un uniforme llamado *bechmet*, especie de casaca abrochada desde la cintura hasta la barba; cubriala un sobretodo, muy abierto sobre el pecho, que, la dejaba ver muy bien;

unos pantalones muy anchos cubrían las botas, hechas de un cuero amarillo ó rojo; el adorno de la cabeza se reducía á un gorro de lana amarilla, rodeado de una tira de piel de carnero negro y cuadrado por encima. Los kalmucos tienen los pies muy pequeños; y acostumbrados desde la cuna,—su cuna es una silla de guarnicionero,—á montar á caballo, son excelentes ginetes, pero pésimos infantes; las mujeres, constantemente ocupadas en las faenas domésticas, montan también á caballo para hacer la mas pequeña escursión.

La cria del ganado caballar es la principal ocupa-

ción de la horda. El príncipe ocupaba en el cuidado de sus yeguas á trescientos ó cuatrocientos ginetes, y vendía por término medio seis mil caballos en cada una de las cuatro principales ferias que anualmente se verifican en Astrakan, Tzaritzin, Nijni-Novogorod y Derbent.

Los caballos se reúnen en grupos mas ó menos numerosos, y van á forragear en los sitios destinados al efecto en el territorio del príncipe; los ginetes que los conducen van armados, para defenderlos de la rapacidad de los kirghis, que tienen por mas cómodo robarlos que criarlos. Al llegar el invierno, los kal-



Pagoda, ó templo de Lama.

mucos abandonan las estepas del Volga, y atravesando este rio, bajan de nuevo hácia el Sur á las llanuras del Kuma y del Manitsch, donde encuentran abundantes pastos.

En las estepas septentrionales y meridionales se encuentran algunos caballos enteramente montaraces, divididos en grupos de seis á ocho individuos, entre los que hay siempre un garañon y muchas yeguas con sus potros; á medida que éstos van creciendo se ven obligados á seguir á cierta distancia, y la madre se aleja un poco del grupo para amamentarlos. El jefe de la familia es tan receloso que no puede sufrirlos á su lado, y cuanto mas crecen á mayor distancia de él les es preciso mantenerse, hasta el dia en que ya en la edad adulta, se ven abandonados para siempre, pasando desde entonces á formar nuevas familias. Cuando se cogen por medio del lazo algunos de estos caballos indómitos, se atan y se mezclan con

otros ya medio domesticados. Las yeguas y los potros se acostumbran pronto á este nuevo género de vida; pero por lo regular los machos, que nunca han sido sujetos, se escapan llevando en pos de sí tres ó cuatro yeguas, á las cuales han hecho comprender sin duda las dulzuras de la libertad.

Si se reflexiona que los rebaños de carneros son veinte veces mas numerosos que los de caballos, se echará de ver que toda la población kalmuka se emplea en la cria de ganados; por esta razon la industria es casi nula en aquel pueblo; y, esceptuando las pieles y el cuero, todo lo que en él se consume procede de Rusia, que distribuye entre las naciones que conquista sus productos, demasiado groseros para sostener la competencia en los mercados europeos.

Pero volvamos á nuestras fiestas. Ibamos á presenciar carreras de caballos y camellos, debiendo terminar el espectáculo con luchas de hombres.

Todas las carreras se parecen unas á otras; no hablaré, por lo tanto, de las de caballos, aunque, fueron muy brillantes. Al empezar las carreras de camellos, fuimos colocados cerca del punto de llegada. Poco despues de habérsenos dicho que se habia dado la señal, oímos á lo lejos un ruido sordo; á medida que aumentaba, la tierra se estremecia bajo nuestros pies, y entre una nube de polvo descubrimos unas formas fantásticas que se nos venian encima con la rapidez del huracan: eran doscientos camellos que pasaban, sin que nos fuese posible distinguir las monturas de los ginetes: ¡tan veloz era la carrera!

Todo lo que por espacio de dos dias habíamos visto nos probaba que los kalmucos deben ser colocados entre los primeros ginetes del mundo; pero íbamos á asistir á ejercicios aun mas extraordinarios.

Ya se ha dicho que el kalmuco es ginete desde la cuna.

La cuna del kalmuco es una cama forrada de cuero, en la cual está colocado entre las piernas del niño un pedazo de madera sobre el cual está á caballo, como un ginete en su silla; esta madera es hueca, á fin de evitar á la madre el cuidado de desenvolver con demasiada frecuencia las telas y pellejos que rodean á la criatura. La cuna está colocada verticalmente, colgada en el interior ó en el exterior de la tienda. Asi que el niño puede arrastrarse por el suelo, brinca sobre un carnero ó sobre un perro, y cuando tiene tres años monta á la grupa con sus hermanos ó sus amigos de mas edad; á los ocho años es un perfecto ginete, y á los doce doma caballos bravíos.

Para que presenciásemos esta obra de centauros, el príncipe nos hizo atravesar el Volga, y él caracoleó en medio de la arena. De repente hizo una señal á sus sirvientes, y éstos se dispersaron alrededor de una multitud de caballos que pacian en la estepa á 500 pasos de nosotros.

Uno de aquellos hombres, armados de un lazo, se arrojó en medio de los caballos, que manifestaron visiblemente su disgusto y su espanto, en el desórden que entre ellos se introdujo; el hombre hizo su elección entre los mas fuertes y fogosos, y echando hábilmente el lazo á uno, lo atrajo con fuerza á algunos pasos de sus compañeros. Muchos sirvientes del príncipe se precipitaron inmediatamente sobre el animal y lo derribaron en tierra; y no bien uno de ellos consiguió sujetarlo, los demás se alejaron presurosamente: el caballo, creyéndose libre, se levantó, si, pero se levantó con un ginete. Despues de algunos momentos de estupor, se encabrió y relinchó revolcándose por la arena, sin poder librarse del que lo montaba; luego partió como una flecha, saltando á lo largo de la estepa; pero sostenido y dirigido por su ginete, se vió precisado á acercarse al rio; entonces, lleno de cólera y terror, rodó dos ó tres veces sobre sí mismo,

sin conseguir desairse de su dueño, hasta que por último se arrojó al Volga, donde toda su fogosidad quedó aplacada; en seguida volvió á ponerse en pie, y al fin se dejó caer vencido.

La misma escena se repite muchas veces con variaciones diferentes, pero siempre con igual resultado.

Abrióse despues una especie de liza en la que los ginetes, montando á pelo, recogian monedas esparcidas por el suelo. Los espectadores arrojaron luego billetes que representaban rublos, y fueron tambien recogidos con la misma agilidad: este ejercicio complacia á los que á él se entregaban mucho mas que todos los otros.

Terminados los ejercicios ecuestres, comenzó la lucha. Los campeones, despues de rascarse la nariz en señal de amistad, se agarraron por el cuerpo, esforzándose mutuamente por derribar de espalda á su contrario. Todo se verificaba con la mayor lealtad, y á escepcion de algun tórax un poco lastimado, y de algun amor propio no ileso, todo terminaba pacíficamente.

Volvimos á pasar el Volga para regresar al palacio. Saqué algunos dibujos y tomé algunas notas; no obstante, aun me era preciso recoger muchos datos acerca de la vida nómada.

Es costumbre general compadecer á esas pobres tribus que tan bien saben prescindir de los beneficios de la civilizacion. Por mi parte debo decir que no creo haya en el mundo un pueblo mas feliz que los kalmucos, pues aunque sometidos á Rusia, han conservado su independencia. La facilidad que tienen de levantar rápidamente sus campamentos para trasladarse á donde mejor les place, y sus pocas necesidades les hacen contentarse con un pais que seria insuficiente para cualquier otro pueblo; los kalmucos aman, poseen y practican la libertad.

Séame permitido citar con este motivo un nuevo pasaje de Mad. Hommaire de Hell:

«Si la felicidad consiste realmente en la libertad, nadie puede creerse mas feliz que el kalmuco. Acostumbrado á ver dilatarse ante sus ojos un horizonte sin límites, á no sufrir trabas de ningun género, á plantar su tienda en donde su voluntad se lo aconseja, compréndese perfectamente que fuera de la soledad se encuentre como aprisionado, cohibido, encerrado dentro de un círculo de hierro, y que prefiera suicidarse á resignarse á vivir desterrado. Durante nuestra residencia en Astrakan, todos se ocupaban de un hecho reciente que sirvió para poner de manifiesto el irresistible poder que el amor al suelo natal ejerce en aquellos hombres primitivos.

«Un caudillo kalmuco, rival de un cosaco, mató á éste en un acceso de celos, y sin tratar de huir para librarse del castigo, aumentó la gravedad de su crimen haciendo armas contra un destacamento enviado

para prenderlo. Muchos de sus servidores le auxiliaron en su rebelion, pero triunfó el mayor número, quedando presos todos, y siendo conducidos provisionalmente á una fortaleza hasta que se dictase la sentencia.

«Al cabo de un mes llegó la órden en cuya virtud debian ser deportados á la Siberia; pero las tres cuartas partes de los presos no existian ya. Unos habian muerto de resultas de sus heridas, en tanto que otros, burlando la vigilancia de sus guardas, se habian quitado la vida. Por lo que respecta al jefe, las medidas mas rigurosas le habian impedido atentar contra su vida; pero su tenaz silencio, la profunda alteracion de sus facciones y su aire siniestro patentizaban elocuentemente su desesperacion y su deseo de eximirse del destierro por medio de una catástrofe.

«Cuando se le hizo entrar en la silla de postas destinada á conducirlo á la Siberia, con dos compañeros de destierro, se permitió á algunos kalmucos acercarse á él para darle la despedida. «¿Qué podemos hacer en tu obsequio? le preguntaron en voz baja... —«Ya lo sabeis.»—fue la única respuesta del jefe. En aquel momento un kalmuco sacó una pistola de su bolsillo, y antes de que nadie tuviese tiempo suficiente para impedirlo, le descargó un tiro que le dejó muerto en el acto. En los ojos de los otros dos se vió brillar un rayo de alegría.—«¡Gracias por él!»—esclamaron con entusiasmo; «¡nosotros nunca veremos la Siberia!...»

Rusia sabe por repetidas esperiencias que si oprimiese á semejante pueblo, lo veria desaparecer por completo en los desiertos del Asia central; por esto se limita á imponerle un módico tributo, y pone todo su conato en rodear á los príncipes kalmucos de todas las seducciones posibles, cubriéndolos de condecoraciones, de charreteras y bordados; no obstante, aunque muchos tienen residencia fija, no ha conseguido desarraigar en ellos la costumbre de vivir en su *ki-bitka*, como si se hallasen dispuestos á partir al menor motivo de disgusto.

El príncipe y la princesa Tumaine se hacian seguir de sus tiendas á todas partes, y en ellas habitaban; las alcobas del palacio, tan ricamente amuebladas á la europea, pocas veces tenian huéspedes, y

muchos de los objetos que las adornaban eran de tal modo estraños á las costumbres kalmucas, que encontramos los frascos y pomos de nuestros tocadores llenos de licores, de kirsch, aguardiente, curacao, etc.; de modo que no teníamos una gota de agua.

Despues de otra comida homérica, en la que figuraron bastante la carne de caballo y camello, nos fue preciso separarnos y despedirnos de nuestros huéspedes; el *Verblioud* calentaba sus calderas, y nos llevó aquella noche á Astrakan.

Al otro dia apenas tuve el tiempo necesario para poner en órden los dibujos que habia sacado en los anteriores; hecho esto, partimos á una cacería en el delta formado por el Volga; archipiélago cortado por las setenta y dos bocas que vierten sus aguas en el mar Caspio.

Todas aquellas islas abundan en caza, pero son verdaderos pantanos cubiertos de cañaverales tres veces mas altos que nosotros, en medio de los que es muy difícil manejarse, sobre todo con los atavíos de caza de que íbamos cargados.

Durante algun tiempo solo encontramos aves de rapiña que pululan en aquellos islotes pantanosos, donde reinan despóticamente; asi, despues de un paseo bastante fatigoso, volvimos á entrar en la barca que allí nos habia llevado, para trasladarnos á uno de los brazos del Volga, donde nos proponíamos asistir á la colocacion de la primera estaca destinada á servir de base á la construccion de una nueva barrera. Como de costumbre, el clero ruso y las autoridades se hallaban presentes al acto; la ceremonia nada digno de atencion ofrecia, á no ser el estraño aspecto de la multitud de gente de todas religiones que asistia á una ceremonia del culto griego. De nuevo entramos en nuestro barco, que nos llevó hasta un grupo de habitaciones de pescadores, desde donde nuestras miradas se estendian á lo lejos por la superficie del mar Caspio, que se dilataba hasta perderse de vista en direccion del Sur.

Despues de pasar dos dias en las pesquerías, en las que hicimos una escelente caza de salvaginas, volvimos á Astrakan, á fin de prepararnos para nuestra marcha á las estepas.